

**ENTRE ABUELA Y NIETO:  
CONVERSACIONES**

Por

Justo S. Alarcón

## INDICE

I. La trampa

II. El gallinero

III. Los grillos

IV. Las ranas

V. Las mariposas

VI. Los pequeños hurtos

VII. El niño perdido

*Para mi hijo Miguelito*

Junio 11

## LA JAULA

*A sugerencia de la Abuela, el Nieto la acompañó a dar su primer paseo por el pinar, que se hallaba cercano a la vieja casona. La Abuela, como de costumbre, iba sacudiendo y acariciando con sus manos las plantas silvestres que flanqueaban el camino terregoso. Llegados a la colina, la Abuela se sentó sobre una alfombra de hierba fresca, salpicada de margaritas campestres. Las oropéndolas, las palomas torcazas y los verderoles cantaban y susurraban sus secretos amores.*

\*\*\*\*\*

— Abuelita, yo quisiera saber qué hacía mi papá cuando era niño. ¿Puedes contarme algunas cosas?

— Sí, miijo, con mucho gusto. En general te diré que tu papá, cuando niño, era muy juguetón, alegre y travieso. Me tenía siempre colgada de un hilo. Nunca sabía yo qué es lo que él iba a hacer o en qué se iba a meter.

— A ver, cuéntame algo. Cualquier cosa.

— Es que hay tantas cosas, miijo, tantas cosas..., que no sabría yo por donde comenzar. No sé si sabes que a él le encantaban los animales. Toda clase de animales, caseros y silvestres. Creo que le gustaba más jugar con los animales que con sus hermanos y amigos. Por ejemplo, cuando llegaba la primavera, que es cuando toda la naturaleza reverdece y todas las cosas comienzan a tener vida y los campos a ponerse verdes, tu papá siempre le estaba siguiendo todos los pasos y todos los movimientos a los pájaros.

— Abuela, perdona, pero eso de que le gustaban los pájaros, ya me lo contó el abuelo.

— Lo que yo te voy a contar, miijo, eso nunca lo supo, ni todavía lo sabe tu abuelo, porque fue un secreto entre los dos.

— ¿Secreto? Entonces, cuéntamelo, abuelita, que a mí me gustan mucho los secretos.

— Mira, niño, tu papá era muy bueno para hacer cosas de madera, como carros, trompos, jaulas y juguetes de todas clases. En una ocasión había hecho dos o tres jaulas para los pájaros. Un día me dijo, en secreto, claro, que había encontrado dos o tres nidos de pájaros muy bonitos, con plumas de muchos colores. Tengo que decirte también que tu papá sabía el nombre de todos los pájaros de todos estos contornos y lugares. No sé cómo los aprendió, pero los sabía. Un día me contó, también en secreto, un plan que tenía. Yo, naturalmente, no se lo dije a nadie. Ni a tus tíos, ni a tu abuelo. Me lo callé.

— Dime, pues, ¿qué plan era ése que tenía mi papá, abuelita?

— Después de varias caminatas al monte, observando los movimientos, las idas y venidas de los pájaros, por fin, llegó el momento. Ese día cogió la jaula, se llevó una gorra y semillas o alpiste. Yo le pregunté que para qué era todo eso, y me dijo que para *sus* pajaritos. Pues, bien, se fue. Yo, como sabía que tu papá a veces, por ser un niño travieso, se exponía a peligros, después de que se fue él, yo le seguí desde lejos. Se subió solito a un árbol bastante grande. Cogió unos palos que él, con anterioridad, ya había recogido, y los había colocado contra el tronco del árbol. Colgó la jaula de una rama y, después, se subió al montón de palos y, con las dos manos, se agarró de las ramas y, con la ayuda de los pies, se trepó al árbol. Después, y poco a poco, iba subiendo por las ramas como un mono o chango, con una mano en la jaula y con la otra agarrándose de las ramas. Y así pasaron varios minutos, hasta que llegó a donde estaba el nido. Yo, entre tanto, estaba escondida detrás de un árbol, para que él no me viera.

— ¿Qué más, abuelita, qué más? Continúa.

— Bueno, para hacerte corto el cuento, ya cuando había recogido de la rama el nido con los pajaritos y de haberlos metido en la jaula, se bajó despacito y... nos fuimos hacia casa. ¡Para qué decirte que a él no le gustó nada de que yo le hubiera seguido y le hubiera espiado! Por el camino hacia casa le pregunté qué es lo que iba a hacer ahora con la jaula y los pájaros. Él me dijo que todavía no sabía, pero yo me di cuenta de que no me lo quería decir. Llegados a casa, yo me metí dentro y él se quedó fuera. Desde arriba, y por una ventana, yo lo estaba observando. Se subió a otro árbol que estaba junto a nuestra casa y, de una rama, colgó la jaula. Los dos papás de los pajaritos venían siguiendo a tu papá durante todo el camino. Cuando tu papá se bajó de este segundo árbol, los dos pájaros se arrimaron a la jaula y comenzaron a "hablar" con sus hijitos. Aunque parecía que estaban asustados, estaban ya contentos al poder ver otra vez a sus hijitos de cerca. Poco a poco fueron tomando confianza a la jaula y comenzaron a traerles comida en sus piquitos. Así pasaron dos o tres días. Después de varios días, tu padre trajo la jaula para la casa y la colocó en la ventana de su habitación, pero la puso por la parte de afuera. Esto era muy importante, según me dijo después, que estuvieran la jaula y los pajaritos por la parte de afuera de la ventana. Otra vez, los papás de los pajaritos se alborotaron. Aunque con dificultad,

volvieron a acostumbrarse al nuevo lugar. Y así pasaron varios días. Entonces, llegó el momento más importante.

— A ver, abuelita, cuéntamelo. Y..., apúrate, que me da cosa....

— Paciencia, mijo, paciencia, que hay tiempo para todo. Ya que estaban acostumbrados otra vez los papás de los pajaritos a la nueva situación, tu papá metió la jaula dentro de la habitación. Este nuevo cambio fue terrible para los papás de los pajaritos, porque ahora ya sospechaban que se les hacía o se les tendía una trampa. Y..., así fue.

— Cuéntamela, abuelita, ándale, cuéntame lo de la trampa.

— Pues tu papá, como te dije, metió la jaula dentro de su habitación. Pero la puso muy a la vista de los pájaros. Colocó la jaula en alto, sobre dos sillas, para que los pájaros la pudieran ver bien desde afuera. Levantó la ventana, que se subía y se bajaba y, para mantenerla abierta, le puso debajo un palo de unas dos cuartas de alto. Al palo le amarró un cordón bien atado. El cordón era largo. Entonces tu papá se metió debajo de la cama, sujetando entre sus manos la otra punta del cordón. Escondido debajo de la cama, observaba a los papás de los pajaritos. Estos se posaban en el tejado, llegaban hasta la ventana, pero, rápidamente, se iban. Le tenían miedo a lo desconocido, a la nueva y extraña situación. Así pasaban las horas sin que los papás se atrevieran a meterse en la habitación para darle de comer a sus hijitos que piaban mucho con el hambre. Por fin, uno de ellos se atrevió. Entró, se colgó de la jaula y le puso una lombriz en el pico de uno de sus hijitos. Estos estaban contentísimos, porque piaban mucho. Creo que la nueva alegría animó a los papás a perder el mucho miedo que tenían. Tu papá les permitió que, poco a poco, se fueran acostumbrando a la nueva situación.

— Abuelita, espérate un momento. Dices que mi papá se metió debajo de la cama ¿y... que así se pasó varias horas?

— Sí, exacto, mijo. Pero es que tú no sabes de lo que era capaz tu papá cuando quería conseguir lo que él deseaba. Tenía una paciencia enorme. Pues así se pasó varias horas debajo de la cama. Hasta que llegó el acto final, y... pasó lo que tenía que pasar.

— ¿Qué pasó, abuelita? Apúrate y dímelo. No te pares ahí.

— Pues que llegó el momento decisivo del plan que se había propuesto llevar a cabo tu papá. Una vez que estaban los dos papás pájaros agarrados con sus patitas de los alambres de la jaula, tratando de ponerles lombrices en los piquitos de sus hijitos, tu papá jaló del cordón y, ¡zaaas!, se cayó la ventana, cerrándose y haciendo un ruido muy grande y estrepitoso. Los dos papás quedaron encerrados dentro de la habitación. Se volvían locos. Revoloteaban por todas partes, tratando de buscar algún lugar abierto para escaparse, pero, los pobres, no lo encontraban. Piaban... y piaban... con un piar muy doloroso.

— Y..., abuelita....

— Después, tu papá, con bastante dificultad, trataba de agarrarlos. Ellos, desesperadamente, se apretaban contra los cristales de la ventana para escaparse y, allí precisamente, los agarró tu papá. Después, los metió en la misma jaula con sus hijitos. En una tacita les ponía alpiste y otras semillas y, en otra, agua. Eso sí, tu papá los alimentaba muy bien. Pero....

— ¿Y ahora que pasó, abuelita? No te pares, ándale.

— Pues que los papás cada día se ponían más y más tristes. Al principio, parecía que estaban más o menos animados, dándole de comer a sus hijitos. Pero estos, en una semana más o menos, crecieron muy rápido. Ya podían comer solos. Los papás, como te dije, comenzaron a ponerse tristes y más tristes. Ya no cantaban, ni querían comer. Entonces tu papá creyó que ya era la hora de la decisión. Después de pensarlo mucho, decidió dejarlos libres.

— ¿Los soltó, abuelita?

— Sí, soltó a los dos papás. Al abrir la puerta de la jaula, salieron volando con gran velocidad, y desaparecieron en la lejanía. Ni volvieron la cabeza hacia atrás. No dejaron ni una lágrima en la jaula, ni en el aire. Se fueron como si hubieran despertado de un mal sueño. Los hijitos, tristes al ver que sus papás ya no estaban allí con ellos, continuaron en la jaula algún tiempo más, pero, como no eran animales caseros, sino que eran pájaros silvestres, también ellos, ya crecidos, comenzaron a sentirse tristes. Tu papá se sentía muy triste también. Tuvo que soltarlos. Les abrió la puerta de la jaula y también se fueron volando sin volver la cabeza hacia atrás. Tu papá se quedó pensativo..., como si también hubiera despertado de una pesadilla o de un mal sueño. Veía que los pajaritos necesitaban de su libertad, pero, al mismo tiempo, le dolió que se fueran volando tan rápido y tan lejos, sin dar las gracias, creía él. Así se acabó el experimento pajarero, y la travesura, que hizo tu papá. Ahora te darás cuenta, por qué nunca le dije a tu abuelo esta travesura tan grande de tu papá.

— ¡Ay, caray, abuelita! ¡Qué cosas hacía mi papá!

\*\*\*\*\*

*Por el Este se asomaba una espléndida luna, sonriéndole al anochecer. Las bandadas de gorriones alborotaban la tranquilidad de los árboles caseros que le ofrecían albergue, mientras el canario de la vecina, con una patita en el aire, metía la cabeza amarilla bajo el ala esponjada. Las chicharras, con sus chirridos, perforaban los ventanales veraniegos de las casas somnolientas. Abuela y Nieto entraban por la puerta de la casona iluminada.*

Junio 12

## EL GALLINERO

*Era la hora de la merienda. En una silla plegable, que se hallaba en la azotea, descansaba la Abuela. El Nieto le llevó un vaso de zumo de naranja y siete galletas. En otra silla contigua, y con una torta de carne en la mano derecha, el Nieto se sentó para escuchar la anécdota. Al frente, se veía lo que, en tiempos lejanos, había sido un hermoso gallinero, con un palomar en cúpula rematado.*

\*\*\*\*\*

— Hijo, hoy quiero contarte alguna otra cosa que hacía tu papá cuando era niño.

— Sí, abuelita, te escucharé con mucho gusto.

— Cuando tu papá era niño, ya hace muchos, muchos años, aquí mismo en esta casa, yo tenía muchos animalitos domésticos. Tenía patos, gallinas, conejos y algún pavo o guajolote. Todos andaban libres por aquí, por el jardín de la casa, y alrededor de la casa. Gracias a estos animalitos, comíamos carne fresca y huevos frescos. Todos los días ocurría algo interesante. Y, naturalmente, tu papá participaba en todo.

— A ver, abuelita, dime algunas de esas cosas que hacía mi papá.

— Ahí voy. Pero, por favor, mijo, no me interrumpas mucho, porque, si no, se me va la idea, y me pierdo. Además, sabes muy bien que a tu abuela andaluza le gusta hablar mucho y, si me interrumpes, me quitas ese gustito que tengo aquí dentro cuando hablo. ¿Está bien, mijo?

— Está bien, abuelita. Comienza ya, que no te interrumpiré... mucho. Solamente cuando no entienda algo.

— Pues, como te decía, yo tenía muchos animalitos. Tu abuelo construyó un gallinero especial, con departamentos para las diferentes especies de animales.

— Abuela, ¿el gallinero es aquella casita blanca que está allí, detrás de la casa grande?

— Esa misma, mijo, esa misma. Pero..., es que antes el gallinero era mucho más bonito. Todo blanquito, como un palomar. De hecho, en aquel tiempo también teníamos dos o tres parejas de

palomas. Bueno, tu abuelo lo había hecho de ladrillo rojo y, después, me lo pintó de blanco, con la ayuda de tu papá, que llevaba las cubetas de cal que el abuelo necesitaba para pintarlo de blanco. Era una preciosidad. Tengo que decirte también que tu abuelo me compraba sacos grandes de diferentes granos para los diferentes animales. Yo los almacenaba en uno de los compartimientos que tu abuelo había hecho al lado del gallinero.

— Bueno, abuela, pero... todavía no me has dicho qué es lo que hacía mi papá...

— Para allá voy, mijo, para allá voy. Pues, a tu papá le encargaba yo todas las mañanas que fuera a ver si las gallinas habían puesto huevos. A él le encantaba eso. Buscaba por todas partes a ver si encontraba los huevos que las gallinas habían puesto durante la noche. Cuando oía cantar o cacarear a alguna de ellas durante el día, me decía "Mamá, la gallina del pescuezo pelado, acaba de poner huevo". Iba corriendo y, efectivamente, lo recogía.

— ¿Cómo, abuelita? ¿Es que las gallinas, cuando ponen el huevo, cantan?

— Exactamente, mijo. Así es. Cuando ponen huevo, de tan contentas que están, se ponen a cantar o, mejor dicho, a cacarear, porque realmente las gallinas no saben cantar. ¡Cantan muy feo! Pues, como te iba diciendo, tu papá conocía a todas y a cada una de las gallinas que teníamos. Más aún, tenía nombre para todas. Que si "La del Pescuezo Pelado", que si "La Colorada", que si "La Pinta", que si "La Bizca", que si "La Emplumada", que si "La de la Cola Parada", y otros nombres más. Cuando las veía, se ponía a hablar con ellas, y ellas se le acercaban siempre, pidiendo comida. Yo le permitía de vez en cuando que les diera algún grano, para la merienda, por ejemplo. Pero cuando se trataba del desayuno por la mañana, o de la cena por la tarde, era yo la que siempre les daba de comer. A tu papá le encantaba verlas comer. Lo que sí hacía él era ir a buscar agua en una cubeta para echarles en sus platos o escudillas que le teníamos a ellas para que bebieran. De vez en cuando, tu papá agarraba a una gallina en los brazos y le tocaba el buche para ver si ya había comido bien. Era especialista en eso. Sabía con exactitud quién había comido bien y quién no, solamente tentándole el buche. Si alguna no había comido bien, porque las otras se adelantaban y comían más, entonces él, con un puñado de grano, le daba de comer en la mano.

— Y, ¿qué más, abuela?

— Siempre teníamos uno o dos gallos. De ordinario, uno sólo.

— ¿Por qué uno sólo, abuelita?

— Porque los gallos se pelean mucho entre sí.

— ¿Por qué, abuela?

— Porque así son. Porque se encelan de las gallinas y de los otros gallos. El gallo quiere ser el único amigo de las gallinas, de toditas las gallinas. Así que, si un gallo se acercaba mucho a ellas, el otro le atacaba, y... al revés. Tuvimos varios gallos. Todos bonitos. Porque quiero que sepas, mijo, que los gallos tienen una cresta alta y grande, unas plumas en el cuello que le cuelgan de los dos lados y unas más largas, que también le cuelgan a ambos lados de la cola. Esas plumas eran de muchos colores brillantes. ¡Preciosas! Una vez teníamos un gallo hermosísimo. Se subía encima de una piedra o de un palo, batía las alas, estiraba el cuello y comenzaba a cantar a todo pulmón. Tenía una voz tan fuerte que se oía en todo el pueblo. Sobre todo, por la mañana temprano. A eso de las cuatro o cinco de la mañana, cantaba. Era el despertador del pueblo. Él estaba orgulloso de sí mismo. Aunque nunca se había visto en un espejo, parecía como si alguien le hubiera dicho qué hermoso era. En fin, ese gallo era el favorito de tu papá. Siempre le guardaba pedazos de pan para dárselos a él.

— Abuelita, y los perros, ¿nunca trataban de comerse las gallinas?

— Sí, mijo. Había sobre todo un perro que, aunque no era grande, tenía la cara de muy malo. Estaba muy flaco. Parecía que no tenía dueño. Entonces, con hambre, algunas veces se acercaba por el gallinero para ver si podía comerse alguna gallina. Pero... el gallo, cuando lo veía, se disponía para la defensa, y también para el ataque. Las gallinas, se apartaban, se juntaban y se escondían, como para defenderse o para protegerse. Pero el gallo, poco a poco, se adelantaba hacia el perro. Levantaba el pecho, esponjaba las plumas de todo el cuerpo, alzaba la cresta y el cuello, retorciéndolo, como hacen las víboras cuando se disponen a atacar, y, con las alas abiertas y batiéndolas, esperaba al perro. Este, al ver al gallo enfurecido, no se movía. Una vez, el gallo decidió atacar. Saltó en el aire, y el perro abrió la boca para morderlo, pero el gallo se lanzó sobre él y le dio un picotazo en un ojo con tanta fuerza y con tanta rapidez que se lo arrancó en el acto. El perro comenzó a aullar y a quejarse, y se escapó desesperado, con el rabo entre las piernas. Nunca más volvió por el gallinero.

— ¡Caray, abuelita! Pero..., y las gallinas, ¿no lo ayudaron?

— No, mijo, las gallinas no son para eso. Las gallinas sólo pelean para defender a sus hijitos, los pollitos. Por ejemplo, en una ocasión, una garduña, que es un animal muy canijo, trató de acercarse a una gallina que tenía pollitos. Tan pronto como ella vio a ese animal, comenzó a cacarear. Los pollitos, asustados, se pusieron detrás de su mamá. Esta se adelantó toda espeluznada, saltaba en el aire enfurecida y alocada, y la garduña le tuvo miedo y se escapó rápidamente. Pero las gallinas, como te dije, se pelean solamente cuando tienen que defender a sus polluelos. Los gallos, no, los gallos se pelean con otros gallos, por celos, y con los perros y otros animales, cuando tratan de atacarle a las gallinas. Pero, para que veas, los gallos no protegen a los pollitos. Eso le toca a las mamás.

— ¡Qué cosa, abuelita, qué cosa tan rara! Cuéntame más, abuelita.

— Otro detalle interesante de tu papá era cuando, por primera vez, vio a una gallina clueca.

— Y, ¿qué es una gallina "clueca", abuelita?

— Una gallina "clueca" o "culeca" es una gallina que va a ser mamá. La gallina, después de poner huevos, y en cierto tiempo del año, se pone clueca. O sea, el instinto le dice que es hora de incubar los huevos.

— ¿Y qué es eso, abuelita?

— Pues, le entra algo así como fiebre. Anda con las plumas un poco levantadas y despeinadaso alborotadas, camina de mala gana y con la cabecita baja; y anda malhumorada. Se acuesta sobre los huevos, y así se pasa horas y días sobre ellos. Solamente se levanta para ir a comer y a beber. Después, vuelve a acostarse sobre los huevos.

— Abuelita, y, ¿por qué se acuesta sobre los huevos?

— Pues, para incubarlos.

— ¿Para qué..., abuelita?

— Pues, para incubarlos. Para calentarlos, mijo, porque sólo así van a poder nacer los pollitos. Con la temperatura de la fiebre de la gallina, los huevos comienzan a activarse y, poco a poco, día tras día, los embriones o pinguitos que están dentro de los huevos, comienzan a desarrollar la vida que tienen dentro. Son los pollitos que van a nacer. Cuando llega ese momento, los pollitos, que están dentro de la cáscara del huevo, comienzan a picar desde dentro la cáscara y, en cuestión de una media hora, ya han roto esa cáscara que los envolvían. Salen del huevo mojaditos, pero pronto se secan. Tan pronto como salen de la cáscara, se van a acurrucar debajo de la mamá gallina.

— Bueno, y mi papá, ¿qué hacía?

— Pues la primera vez que vio esto, se asustó mucho.

— ¿Por qué, abuela?

— Porque no sabía cómo nacían los pollitos. Una vez, la primera, después de ver a una de las gallinas que se había puesto clueca, vino corriendo y gritando: "Mamá, mamá, que La Pinta está enferma. Anda con las plumas levantadas, no camina bien y no quiere comer. Se ve muy fea así, y muy enferma, mamá. Yo creo que se nos va a morir". Entonces tuve que explicarle todo lo que te expliqué a ti. Por fin, comprendió, y ya le pasó el miedo. Cuando nacían los pollitos, allí estaba él observando todo. Cada vez que salía un pollito del cascarón, saltaba de alegría. Era un gran misterio para él. Ya después, cuando la gallina andaba con sus pollitos, él los cuidaba muy

bien. Siempre les daba granitos pequeñitos y migas o morunas de pan muy pequeñitas, para que comieran, se pusieran gorditos y crecieran pronto.

— ¿Qué más, abuelita?

— Pues, ahora viene lo peor.

— ¿Qué es eso, abuela?

— Pues que las gallinas, el gallo y los pollitos los criábamos para que nosotros pudiéramos comer carne. Eran entonces tiempos muy difíciles, después de la guerra. Como te puedes imaginar, tu papá, como cualquiera persona, al ver y conocer a los animalitos desde que eran pequeños, se encariñaban con ellos. Cuando llegaba el momento de matarlos, no quería y se oponía mucho a ello. A veces, hasta lloraba. El no quería que se matara ninguna gallina, ni gallo, ni pollo. Entonces tuvimos que llegar a un acuerdo: por cada gallina o gallo que se matara, había que criar dos. Con esta condición se fue acostumbrando poco a poco a que algunos animales, además de ser buenos amigos con quienes jugábamos y nos encariñábamos, se criaban para alimentar a la familia.

— Pues ahora, abuelita, eso no se hace. Ahora no se matan. Se compran en la tienda.

— Cierto, mijo. Pero... es que, entonces, eran otros tiempos.

\*\*\*\*\*

*Por el horizonte del Oeste se levantaban varios picos de montaña que desafiaban al firmamento y, por entre los picos rocosos, arrojaba el sol sus últimos mortecinos dardos. Habían pasado dos horas, y una voz, procedente de la cocina, anunciaba la hora de la cena. Abuela y Nieto plegaron las sillas. Bajaron tres pisos por unas escaleras de caracol. El gallinero vacío soñaba en los múltiples cacareos de los años lejanos y muertos.*

Junio 13

## LOS GRILLOS

*Era al atardecer. Desde la terraza de la casona se veían muy claras las estrellas. La serenata de grillos aturdía a las casas vecinas, que se encontraban claveteadas entre la frondosa vegetación. Era un monótono concierto que reverberaba en los tímpanos de los veraneantes. Eran momentos de ensueño. La Abuela y el Nieto se disponían a la fábula.*

\*\*\*\*\*

— Abuelita, ¿qué me vas a contar hoy sobre mi papá?

— Otra de tantas travesuras. ¿Cuál quieres que te cuente?

— La que tú quieras. Una que sea interesante.

— Pues mira, mijo. Una vez, con la venida de la primavera, toda la familia se aprovechaba para disfrutarla lo más posible en el campo. Los sábados eran nuestros días favoritos. Un sábado por la mañana, yo les pregunté a todos que si querían ir de "comida-de-campo" o *pic-nic*. Todos respondieron con aplausos y saltos de regocijo. Tu papá, como siempre, era el primero en movilizarse. Mientras yo preparaba la canasta o cesta de comida para la merienda, él preparaba una caja de zapatos para su cacería.

— Abuelita, ¿qué es... "cacería"?

— Tu papá le llamaba "cacería" a todo lo que tenía que ver con la búsqueda y entrapamiento de cualquier clase de animales. "Cacería" quería decir "ir de caza".

— Y, ¿qué animales iba a cazar ahora?

— Déjame que continúe con lo que te iba diciendo, mijo. Ya llegará el momento en que te cuente eso y otras cosas interesantes. Pues, como te decía, toda la familia se preparaba para ir al campo. Tu abuelo me ayudaba a hacer los preparativos. El se encargaba de contar los cuchillos, las cucharas, los tenedores, los vasos, etc. Cortaba las tortas de carne y de queso, y me traía las bebidas o refrescos. Yo me ocupaba de poner todas las cosas sobre la mesa. Además de la comida, ponía las servilletas, la fruta y otras cosas. Entre tanto, como te decía, tu papá preparaba

su caja de zapatos. Con un punzón o pico o clavo, le hacía agujeros a la caja por todas partes: en la tapadera, en los lados y por debajo.

— ¿Para qué, abuelita?

— Pues, para que los animalitos o insectos cazados, cualesquiera que fueran, pudieran respirar. Ya cuando todo estaba listo, salíamos de casa. Nos íbamos a un parque en donde había mucha hierba, escogíamos un lugar amplio, y allí nos quedábamos. Yo, con la ayuda de una hermana de tu padre, y tía tuya, extendía el mantel sobre la hierba. Después, sacábamos la comida de la canasta. En fin, teníamos listos todos los ingredientes y preparativos para la merienda.

— Bueno, y ¿qué hacía mi papá? Porque, abuela, quiero decirte que eso es lo que más me interesa.

— Pues tu papá, tan pronto como encontrábamos el lugar apropiado para la merienda y nos emplazábamos, agarraba su caja de zapatos y se iba buscando por toda la hierba nidos o cuevas de grillos. Caminaba muy despacito y agachado, buscándolos. A veces, o casi siempre, le era muy difícil encontrar sus nidos o agujeros, porque los hacían muy escondidos debajo de la hierba o del pasto. Algunas veces se paraba allá, a lo lejos, para oírlos cantar. Porque, según él, al oír pasos, los grillos se callaban. Entonces, él se paraba. Tan pronto como volvían a cantar, él se iba directamente al lugar de donde procedía el canto. Se arrodillaba y, con la mano izquierda, levantaba la hierba o zacate y, con la derecha, le metía una pajita seca en el hoyo o agujero.

— Espérate, abuelita, espérate un poco. Tengo que pedirte que me expliques algo. ¿Por qué levantaba la hierba y por qué metía una paja en el agujero?

— Ahorita te lo explico. Como te decía, a veces le era difícil encontrar el hoyito o agujerito, porque los grillos lo tenían muy escondido debajo de la hierba. Una vez que lo encontraba, daba un grito diciendo: "Ya lo encontré. Ya lo encontré. Este grillo ya cayó". A veces, aunque no siempre, tu abuelito también iba. Tengo que decirte, muy en secreto, que a tu abuelito, aunque era grande, también le gustaba hacer esas cosas. Y, cuando las hacía, parecía un niño.

— ¿También al abuelito le gustaban esas cosas, abuelita?

— Sí, mijo, mucho. Aunque no tanto como a tu papá, porque tu abuelito ya era persona mayor. Pero, a veces, también le gustaban esas cosas, y se divertía mucho, como un niño.

— ¡Ay, qué mi abuelito! Continúa, abuela, ándale.

— Como te iba diciendo, ya después de haber encontrado el nido de grillos, tu papá cogía una paja delgadita y seca y, después de levantar la hierba que cubría el nido, la metía dentro y, haciéndola girar, trataba de hacerle cosquillas a los grillos para que salieran. A veces, después de haberle hecho muchas cosquillas, salían uno o dos grillos de su nido.

— Y, ¿después, qué..., abuelita?

— Después trataba de cogerlo. Cuando eran dos, tu papá le pedía ayuda a tu abuelito, porque, no sé si sabrás, los grillos dan saltos como los saltamontes o chapulines. Una vez que ya lo tenía en las manos, lo miraba una, dos y tres veces. Se quedaba como atontado viéndolo.

— Y..., ¿no se le escapaba de la mano?

— No, porque la tenía casi completamente cerrada y, por entre los dedos, lo observaba muy detenida y atentamente. Lo que más le interesaba por el momento eran las alas. Porque, no sé si sabes, mijo, pero los grillos cantan con las alas.

— Abuelita, ¿cómo cantan con las alas? Yo me creía que todos los animales, como las personas, cantaban con la voz, con la graganta.

— Sí, sí, pero los grillos "cantan" con las alas. Eso me decía tu papá, porque yo nunca los vi, que los grillos rozan o raspan las alas contra las piernas de atrás con una rapidez o velocidad increíble. Las piernas de atrás tienen piquitos, y las alas, al tocarles a esos piquitos, producen el sonido. Eso es lo que me dijo tu papá, y él lo debía saber, porque sabía muchas cosas.

— Pues, ¡qué chistoso, abuela! Continúa, por favor.

— También decía tu papá que las alas de cada grillo eran diferentes. Que cada grillo nacía con letras dibujadas en las alas. Que unos tenían una "R", otros una "S", y así otras letras.

— Y, ¿por qué tenían letras diferentes, abuelita?

— Eso es lo que yo justamente le preguntaba a tu papá. Por ejemplo, si un grillo tenía la letra "R", decía tu papá que significaba "Rey" o "Reina". Entonces que ese grillo era admirado por todos los demás grillos del campo y que él o ella mandaban en los otros. Que si tenía una "S", quería decir que era el mejor "Saltador" del prado, etc. Tu papá tenía respuesta para todo. Es que, a pesar de ser niño como tú, sabía mucho, también como tú.

— ¡Ah, no, abuelita! Yo no sé nada de esas cosas. Por eso me interesa saber qué es lo que hacía y sabía mi papá cuando era niño.

— Mijo, es que tu papá vivió en otra época. Él sabía mucho de animalitos, porque vivió siempre entre ellos. Tú vives en una ciudad grande, en donde no hay tantos animalitos, pero sabes mucho de otras cosas que tu papá no sabía entonces, porque no las había, como de aviones, de automóviles, de televisiones. Así es la cosa, mijo.

— ¡Ah, bueno, así, sí! Así ya comprendo. Y..., ¿qué más, abuelita?

— Pues cuando ya era hora de comer, después de que se habían divertido, yo llamaba a todos para que vinieran a comer. Todos venían pronto y nos reuníamos alrededor del mantel que ya habíamos puesto tu tía y yo sobre la hierba. Tu papá, naturalmente, aunque siempre tenía hambre, se tardaba un poco, porque estaba entusiasmado con sus grillos. Por fin, todos nos sentábamos en la hierba y comenzábamos a comer. Yo gozaba de verlos a todos comer con mucho apetito. De ordinario, los días eran muy agradables, cantaban los pájaros en los árboles, las flores y los pinos despedían olores maravillosos, que el viento llevaba de una a otra parte. Todo era encantador.

— Bueno, abuelita, ¿y después?

— Ya terminada la merienda, el sol comenzaba a ocultarse. Entonces tu abuelo ordenaba que había que recoger todo para regresar a casa, antes de que se hiciera noche. Todos ayudaban a recoger los platos y las sobras. Terminada esta tarea, nos poníamos en camino hacia casa.

— Abuela, ¿verdad que mi papá llevaba la caja debajo del brazo y, de vez en cuando, la destapaba para ver a sus grillos, abuela?

— Exacto, mijo, exacto.

— Y..., ¿ya se terminó todo, abuelita?

— ¡Oh, no! Lo bueno todavía falta. Lo bueno viene ahora.

— ¿"Lo bueno", abuela? Eso es lo que me interesa a mí, "lo bueno". Dímelo ya, abuela.

— Mira, mijo. Cuando tu papá decía: "voy de cacería" o "voy de caza", uno nunca sabía lo que podría ocurrir. Era de temer. Esta vez, eran los grillos; otra vez, eran los pájaros; otra vez, eran las ranas; otra vez, eran las lagartijas. Siempre andaba detrás de animales y se encontraba entre los animales y rodeado de animales. Esta vez, eran los grillos. Pues..., trajo la caja de grillos para la casa. Tan pronto como llegamos, dejó la caja en su habitación, bajó al jardín, recogió hojas, hierbas y no sé cuantas cosas más, y metió todo en la caja, con los grillos dentro, claro. Ya de noche, todos nos fuimos a cama. Cuando reinaba el silencio, y todos estábamos dormidos, comenzó la orquesta sinfónica a tocar.

— ¿Que... qué, abuela?

— Que los grillos comenzaron a cantar, mijo, a cantar... ¡todos juntos, mijo, todos juntos!

— ¡Qué risa, abuelita! Y..., ¿qué pasó?

— Pues yo le dije a tu abuelito: "Vete a ver qué pasa y ¡cómo los puedes callar!"

— Y, ¿los calló, abuelita?

— ¡Qué iba a callar! Tu abuelo entró en la habitación de tu papá, y los grillos, con el ruido de los pasos de tu abuelo, se callaron, pero... tu papá... tu papá... ¡El estaba roncando! ¿Qué te parece, mijo? ¡Roncando!

— ¡Ja, ja, ja! Y el abuelo, ¿qué hizo?

— Pues tu abuelo volvió a cama con una sonrisa pícara en su cara. Yo lo miré y..., para decirte la verdad, no le dije nada, porque me pareció que él, tu abuelo, disfrutaba de estas cosas tanto como tu papá, aunque tu papá estaba dormido y, ¡claro!, no podía oír los grillos..., que continuaban tocando la orquesta.

— Y, ¿eso fue todo, abuela?

— Eso fue todo, mijo, eso fue todo... por ese día, o... por esa noche.

\*\*\*\*\*

*Los grillos continuaban su serenata nocturna. A la terraza llegaba brillante la estrella vespertina, que se miraba en el mar como en su espejo. Durante la noche, el monorrítmico sonido de un enjambre de grillos seguía hiriendo las entretelas del ensueño.*

Junio 14

## LAS RANAS

*El Nieto había acompañado a la Abuela a la playa. Era mediodía. Metida en su neumático flotador, y con un gorrito de goma, la Abuela movía los brazos lentamente. El agua estaba fría. Mientras tanto, el Nieto, con una pequeña red, andaba en busca de renacuajos que se encontraban en las pequeñas balsas de agua que, entre las rocas, dejaban encarcelados la bajamar. La Abuela, descansando sobre una roca plana, se aprestaba a la anécdota.*

\*\*\*\*\*

— Mijo, ven. Ven y siéntate aquí, a mi lado. Hoy te voy a contar otro pasatiempo que le gustaba mucho a tu papá.

— ¿Sí, abuela? Y, ¿cuál va a ser la travesura que me vas a contar hoy?

— Pues, mira. Una vez vivíamos en las afueras de una ciudad. Era una vecindad o barrio bastante pobre. A este barrio lo dividía o separaba de la ciudad un río pequeño, o riachuelo. Apenas llevaba agua. Crecía allí toda clase de hierbas acuáticas y, a veces, hasta plantas acuáticas con flores, algunas de ellas muy bonitas. A tu papá le gustaba ir con frecuencia, y se divertía mucho allí. A veces iba solo, a veces con sus hermanos y, a veces, con sus amigos.

— Abuela, ¿y tú no tenías miedo de que mi papá se ahogara?

— No, mijo, no. En primer lugar, tu papá ya sabía nadar desde que era niño pequeño y, en segundo lugar, como ya te dije, ese riachuelo apenas llevaba agua. Tan poca agua llevaba que se podía cruzar a pie.

— Bien, abuelita, continúa entonces.

— Como ya te dije en otras ocasiones, tu papá era muy bueno para hacer juguetes y otras cosas. Pues, una vez, encontró una caña en el campo y la trajo a casa. Le ató un cordón delgadito, pero fuerte y, en la punta del cordón o hilo, le puso un anzuelo. Un día me pidió pedacitos de carne y de pescado, y me dijo: "Me voy de pesca al río, mamá". Y, después, me pidió una cesta o canasta con tapadera, para que se pudiera cerrar. Eso todo me pidió tu padre. Yo, naturalmente, se lo di. Pues allá se va tu papá, con una gorrita en la cabeza, para protegerse del sol, y con su caña en

una mano y la cesta en la otra. De vez en cuando, se daba la vuelta para saludarme. Se veía muy curioso tu papá, mijo, con la gorrita y todo.

— Y, ¿cuánto tiempo se quedaba pescando? ¿Cuántos pescados traía, abuela?

— Bueno..., ahí está el detalle, mijo, ahí está el detalle. Tu papá no iba a pescar peces o pescados, porque no los había en el riachuelo. Tu papá iba a pescar ranas.

— ¡Cómo! ¿Ranas, abuelita? Y... ¿para qué?

— Sí, ranas. Y esas ranas eran para comer, mijo.

— ¿Para comer? Pero..., ¡si no se comen las ranas, abuela! Yo nunca oí, ni vi, que la gente comiera ranas.

— Pues, sí, mijo. La gente que sabe de buenas comidas, come ranas. Mejor dicho, no toda la rana, sino "zancos de rana". En algunos países son famosos estos zancos de rana y, además, oí decir que son muy caros.

— Bueno, pues será así. Pero, continúa, abuelita.

— Como te decía, tu papá pescaba ranas, y las traía a casa. Diez o doce, cada vez que iba. Una vez me invitó, y fui con él. Yo le llevé una torta de queso y un refresco. Allí estábamos los dos sentados y solitos. Venían las ranas saltando y se iban acercando despacito hacia el pedacito de carne que estaba prendida del anzuelo. Se pasaban un ratito ante la carne, viéndola y pensando. Parecía como que desconfiaran un poco. Entonces, llegaba el momento de la decisión: la rana abría la boca, saltaba y, con fuerza, mordía el pedazo de carne, quedando presa en el anzuelo. Quería desprenderse del anzuelo, dando saltos, pero no podía soltarse. Tu papá la iba jalando poco a poco, hasta que la agarraba con la mano. Despacito, para no lastimarla, le quitaba el anzuelo de la boca y, después, la metía en la cesta, cerrándola con la tapadera. Así las iba cogiendo una por una, hasta tener diez o doce. Después, nos regresamos para casa, muy contentos.

— ¿Y tú le cocinabas las ranas, abuela?

— Sí, mijo. Pero, antes, él tenía que limpiarlas, cortarles los zancos y despellejarlos. Yo eso no podía hacerlo. Me daba cosa.... Una vez que ya tenía los zancos listos, yo se los preparaba.

— Y, ¿cómo, abuela?

— Unas veces se los rebozaba en huevo, y los freía. Otras veces, hacía un sofrito de ajo, cebolla y tomate, metía allí los zancos, y freía todo. Entonces él se los comía muy a gusto. También a tu abuelito le gustaban.

— Y..., ¿eso fue todo, abuela?

— No. Todavía hay más.

— A ver, ¡dímelo, pues, abuela!

— Otra vez, después de la pesca, llegó a la cocina con sus ranas. Al abrir la cesta, se le escapó una. Era muy curiosa. Era de color verde, con rayitas negras. Tenía unos ojos grandes y claros. Los pies anchos, con los dedos abiertos. Cuando se disponía a saltar, se apoyaba con fuerza sobre las patas traseras, que eran muy largas y carnosas, y daba un gran salto. Cuando tu papá se agachaba para tratar de cogerla, ella daba más saltos. Se escapaba por todas partes y, por fin, se metió debajo de un estante de la cocina, y no la pudimos sacar. Aquella noche tuvimos "concierto". La rana comenzó a "croar", y no pudimos dormir bien en toda la noche. Al día siguiente, tu papá, con la ayuda de tu abuelito, pudo cogerla. Esa rana se escapó del "destino" que tu papá le tenía preparado. En lugar de freírle los zancos, tu papá me pidió una vasija grande de cristal. La llenó de agua, la metió dentro y trató de criarla. Así la tuvo por algún tiempo, hasta que se le murió.

— Y, ¿qué pasó después, abuela?

— Pues que... ya no volvió a pescar más ranas.

— ¡Qué bueno, abuelita, qué bueno!

— Tengo que añadir algo más, mijo.

— ¿Todavía hay más, abuelita? Pues no te detengas. Ándale, abuela, que tengo prisa. Mis amigos me están esperando para jugar.

— Poco tiempo después, tu abuelo nos llevó a comer a un restaurante. Al lado de nuestra mesa había otra familia. El señor pidió de plato "zancos de rana". Tu papá lo oyó. De momento, no dijo nada. No sé por qué, pero se puso algo incómodo. Ya cuando le dieron el plato al señor de la mesa vecina y se puso a comer los zancos de rana, tu papá se echó a llorar. El señor se fijó en tu papá, que en aquel entonces era niño todavía, y, sin decir nada, retiró el plato y no lo terminó. Cuando el camarero pasó por allí, se preocupó. Le preguntó al señor que si no estaban buenos los "zancos". El señor le respondió que sí, que estaban muy buenos, pero que él no se "sentía con mucha hambre". Tu papá dejó de llorar.

— ¡Ay, que mi papá! ¿Es todo, abuelita?

— Ahora sí, mijo. Eso fue todo lo que ocurrió con la aventura de las ranas. Tu papá ya no volvió a pescar más ranas, ni volvió a comer zancos de rana, ni... dejó que otras personas los comieran.

— ¡Qué bueno, abuelita, qué bueno! ¡Pobrecitas ranas!

\*\*\*\*\*

*Con una bata sobre el húmedo traje de baño, caminaba la Abuela seguida de su Nieto. Este, con su pequeña red al hombro, y en la mano una bolsita de plástico con varios renacuajos dentro, le seguía de cerca. Una mariscada les esperaba de cena sobre la mesa.*

Junio 15

## LAS MARIPOSAS

*Empotrado en la pared de la casa, y mirando hacia el jardín, había un banco de piedra. El terreno se dividía en tres planos. Uno para árboles frutales, otro para legumbres y, el tercero, para plantas florales. La Abuela se había pasado media mañana con su deporte favorito. Ya regadas las flores, se arrimó al banco, y, exhalando un suspiro, se sentó a contemplar el trabajo bien hecho. El Nieto se le acercó, como de costumbre, para escuchar.*

\*\*\*\*\*

— Hoy, mijo, te voy a contar otra de las muchas actividades que tenía tu papá cuando era niño como tú. Como ya sabes muy bien, a tu papá le encantaba todo lo que se refería a animales.

— Sí, ya tú y el abuelito me hablaron varias veces de eso.

— La siguiente fue otra de las actividades que tenían a tu padre entusiasmado y embelesado. Lo que te voy a contar tuvo lugar cuando vivíamos en un pueblo pequeño, que era casi un rancho. En la escuela del pueblo enseñaba tu abuelo. En ese pueblo había muchas variedades de animalitos silvestres, tanto en el pueblo mismo como en el campo. El paisaje era muy verde, muy bonito y muy tranquilo. Era por la primavera, y toda la naturaleza hervía en actividad. Las plantas florecían y los animales andaban muy hacendosos. Se veían muchas clases de mariposas, de muchos y variados colores. Las mariposas tenían un encanto especial para tu padre. Les llamaba “masiposas”.

— Abuelita, me vas a hablar de mi papá y de las mariposas, ¿verdad?

— Sí, mijo, te voy a hablar precisamente de eso. Como te iba diciendo, había muchas mariposas en la primavera. Yo tenía un jardín muy bonito alrededor de toda la casa. Había en el jardín plantas y flores de todas clases: rosales, geranios, pasionarias, pensamientos, buganvillas y otras variedades. Todo estaba floreciendo. Por la mañana, salía yo por la ventana y era un placer ver tantos colores distintos. Despedían unos aromas deliciosos. Por el aire volaban todos juntos. ¡Qué hermosura! Me fascinaba el misterio que encerraba tanta belleza. Me preguntaba yo a mí misma cómo era posible que una tierra tan fea y sin colores, y de unas semillas tan pequeñitas e incoloras, pudieran salir flores tan bellas y de colores tan variados.

— ¡Abuelita, abuelita...! Me vas a hablar de tus flores de tu jardín o me vas a hablar de las mariposas y de algunas de las travesuras de mi papá, ¿eh?

— Tienes razón, mijo, tienes mucha razón. Pero es que yo, cuando recuerdo esos tiempos, me emociono mucho y dejo que todas aquellas cosas se apoderen de mí, y me olvido de lo que iba a contarte. Ten paciencia conmigo, mijo, ten paciencia, que ya sabes que a tu abuela, como buena andaluza, le gusta hablar mucho. Pero... para allá voy, mijo.

— Pues, ándale, porque, si no, me vas a tener aquí todo el día y, después, no voy a poder ir a jugar con mis amigos, que ya me esperan pronto.

— Bien. Pues, como te estaba diciendo, a tu papá le dio por observar a las mariposas. Todos los días se pasaba mucho tiempo en el jardín siguiendo sus movimientos. A veces, se iba al campo a verlas. Tengo que decirte que no siempre las mariposas que venían al jardín eran las mismas que se encontraban en los campos. Eso es lo que tu papá me decía. Porque, has de saber, mijo, que él las estudiaba con mucho detalle.

— ¿No eran las mismas mariposas, abuela?

— No, mijo. Tu papá me decía que las que venían al jardín, de ordinario, eran más grandes, volaban más despacio, eran más mansas, no se escapaban tanto de la gente y que eran más bonitas, porque tenían más variedad de colores. Me decía también que esta diferencia se debía a que las mariposas que venían al jardín, comían o bebían más y mejor, porque había más variedad de flores grandes y jugosas. Que, en el campo, las flores eran silvestres, que nadie las regaba y que, por tanto, no crecían tanto, ni tenían tanto polen o jugo, que es lo que ellas comen o beben. Todo esto me lo decía tu papá cuando era niño.

— Y, ¿qué más hacía mi papá, abuela?

— Pues, hacía con las mariposas lo mismo que hacía con los otros animales: no le bastaba contemplarlos a lo natural, como Diosito los había hecho, sino que le gustaba experimentar con ellos, agarrándolos, metiéndolos en jaulas, dándoles de comer y... tratando de domesticarlos o hacerlos caseros.

— ¡Ay, que mi papá! Pero, continúa, abuelita, que quiero saber qué hacía él con ellas y cómo terminaba todo.

— Pues, al principio, quiso cogerlas con las manos. Pero..., ¡para qué te digo!

— Se le escapaban, ¿verdad, abuelita?

— ¡Pues, sí! Podía acercarse bastante a ellas, porque, como te dije, eran bastante confianzudas, pero... no se dejaban agarrar tan fácilmente. Pues, a los pocos días, perdía la paciencia con ellas.

No es que ya no le interesaran. ¡Eso, no! Sino que se puso a pensar sobre otro medio mejor para cogerlas.

— A ver, a ver, abuelita. Esto se está poniendo bueno. ¿Cómo le hizo, pues?

— Para comenzar, tuvo que pensar en cómo, después de cogerlas, las iba a encerrar. Las jaulas de los pájaros no le servían, porque se les escapaban por entre los alambres, o los palos. Por otra parte, con las manos le era difícil cazarlas, como ya te dije. Entonces, me pidió permiso para ir a una tienda que tenía cosas de pesca y de caza. Habló con tu abuelito, y él le dijo que fuera a esa tienda que, a lo mejor, ahí tenían lo que él necesitaba. Tu abuelito, a quien también le gustaban esas cosas, aunque ya estaba grandecito, le dio unos centavos. Así que, con los consejos y los centavos, se fue a la tienda.

— Y, ¿encontró lo que necesitaba, abuelita?

— Sí, encontró todo. El dependiente que estaba allí, muchacho todavía joven, le enseñó exactamente todo lo que necesitaba.

— Y, ¿qué fue?

— Se trajo una tela metálica y se la puso alrededor de las jaulas que tenía para pájaros. De este modo ya no podían escaparse las mariposas. También trajo una red con un mango. Con el mango largo ya él no tenía necesidad de acercarse tanto a las mariposas, y como la red era mucho más grande que la mano, podía atraparlas más fácilmente.

— Pues sí que fue pillo mi papá, ¿no crees, abuelita?

— Claro que lo creo. Tu papá, además de ser pillo, era muy inteligente para esas cosas. Pues, como te iba diciendo, de este modo pudo agarrar muchas mariposas y, de este modo también, pudo comenzar su "colección" de mariposas, como le llamaba él.

— Y, ¿qué hacía con ellas después, abuelita?

— Ya que las tenía enjauladas, les daba de comer y de beber. Digo "de comer y de beber", porque realmente no sabría yo decirte si comían o bebían. Me parece que hacían las dos cosas al mismo tiempo: comían bebiendo y bebían comiendo, porque se alimentaban del polen o jugo que tienen dentro las flores. Eso es lo que yo creo. De todos modos, tu papá no le traía pétalos, sino que le traía flores enteras a sus mariposas. Quiero añadir, que esas flores eran flores de mi jardín. Las cortaba enteras, el pillín. Me cortaba los rosales tan hermosos que yo tenía.

— Y, ¿por qué le daba flores "enteras", abuelita?

— Porque, como te dije, el jugo o polen lo tienen las flores dentro, no en las hojas o pétalos.

— ¡Ah! Ahora comprendo todo mejor, y también por qué le cortaba las flores de los rosales. Síguele, abuelita, ¿o es que ya terminaste?

— No, todavía falta algo. No sé si sabrás, pero las mariposas viven muy poco tiempo. Según tu papá, que, aunque todavía niño sabía ya muchas cosas, las mariposas viven muy poco tiempo. Algo así como las flores, que, después de varios días, se mueren.

— ¡Pobrecitas! Y..., ¿después qué pasaba, abuela?

— Después... pasaba algo raro, aunque precioso. Iba cogiendo una por una las mariposas que se iban muriendo y, con las alas abiertas, las sujetaba con un alfiler a un boletín o tablero grande que él mismo había hecho y que tenía clavado en una de las paredes de su habitación. En su colección había mariposas grandes, medianas, pequeñas y pequeñitas. El cuerpo de las mariposas era pequeño, como el de un gusanito, pero las alas, al estar estiradas, eran mucho más grandes que sus cuerpecitos. Al tener las alas extendidas, se veían muy claramente sus diversos colores. Unas tenían franjas o líneas amarillas y negras. Otras, negras y rojas. Otras, violeta, con negro y blanco. En fin, uno se admiraba de ver tantos colores juntos, tan bien distribuidos y tan bien pintados. ¡Era una hermosura, mijo, una verdadera hermosura!

— Y..., ¿qué más?

— Nada más, mijo. Ahí se terminaba el deporte de tu papá en cuanto a las mariposas. Tengo que añadir, para concluir, que tu papá tenía la mejor "colección" de mariposas que había en todo el pueblo. Sus amiguitos venían a verla y se quedaban con los ojos abiertos, y mudos, al ver tantos colores tan hermosos. También me gustaría decirte que, una vez, tu abuelito le pidió prestado a tu papá ese tablero de mariposas para llevarlo a la escuela, para que todos los niños pudieran verlo. ¡Es que tu abuelito estaba muy orgulloso de tu papá! Así somos los padres, mijo, así somos los padres.

\*\*\*\*\*

*La voz de la cocinera alegró los espíritus. El Nieto, de un salto, traspuso la puerta. La Abuela, con la mirada en una mariposa multicolora que descansaba posada en una de las flores, se olvidó del llamado. El Nieto lo notó. Se dio la vuelta y, con la red que tenía para los renacuajos, cazó la multicolora mariposa.*

Junio 16

## LOS PEQUEÑOS HURTOS

*Era por la mañana. La tía mayor se hallaba en la cocina, afanada con la confitería. Tenía sobre una losa de mármol la masa lista para los polvorones. La Abuela observaba el interés del Nieto. Sentada en una silla de madera, rememoraba tiempos pretéritos, rodeada de varios hijos, con las manitas extendidas en donde depositar las golosinas.*

\*\*\*\*\*

— Mijo, ven acá. Ven acá, mijo, que hoy te voy a contar varias de las muchas travesuras que tu papá me hizo a mí cuando era niño.

— ¿A ti, abuelita?

— Sí, a mí. Porque tu papá no sólo le hacía travesuras a los animalitos, sino que también se las hacía a tu abuelita. Yo... que lo quería tanto. Yo... que le daba todo, o casi todo lo que él quería y me pedía. Yo... que le ayudaba a veces a hacer y a cometer algunas de sus propias pillerías. ¿Te lo imaginas, mijo? ¿Te imaginas que me haya hecho pillerías, incluso a mí, mijo?

— Pues..., grandes pillerías, no, abuelita. Eso, no. Pero... ¿de las pequeñas? Sí, eso sí, abuelita, de las pequeñas sí, me lo imagino. Porque... creo que yo también te las hubiera hecho, abuelita.

— ¿Tú también, mijo? ¿Tú me las hubieras hecho?

— ¡De las pequeñas..., abuelita! ¡No te asustes! De esas, sí. Pero sólo de las pequeñas. Y ahora que ya lo sabes, puedes comenzar a contarme las pillerías que te hacía mi papá cuando era niño. Ándale, abuela.

— Pues, para comenzar, te diré que a tu papá le encantaba todo lo que fuera y tuviera dulce. Así que ya te puedes figurar qué cosas le gustaban. Todo lo que se relacionara con lo dulce. Una vez, viene corriendo a la cocina, respirando fuerte, como que necesitaba algo de urgencia. Yo no recuerdo qué es lo que estaba cocinando, pero entró él en la cocina gritando y diciendo: "¡Mamá, mamá! Mira qué pajarito tan bonito hay allá en aquel árbol. ¡Mira qué colores tan preciosos!". Yo me asomé a la ventana, pero no sabía para dónde mirar. Entonces le pregunté que en qué árbol estaba. El se me acercó y, con el dedo, me apuntaba a uno de los muchos árboles que había. Me decía: "En aquel árbol que tiene la copa redonda, en la tercera rama, comenzando por abajo,

y a la mano derecha. Fíjate bien, que allí está". Mientras yo trataba de descifrar y contar las muchas ramas que tenía el árbol, y después tratar de localizar al pájaro, pasaron varios segundos. Entre tanto, el pillo de tu papá, abrió muy silenciosa y lentamente uno de los cajones que había en la cocina, sacó una cajita y, de ella, agarró un montón de azucarillos. Cuando ya los tenía en los bolsillos, se acercó a mí preguntándome: "¿Ya lo viste?" Yo le contesté: "No. No veo nada". Entonces él me dice: "¡Bah! ¡Ya dejaste ir al pájaro! Ya se fue. Otra vez que lo vea, te lo enseñaré".

— Pues sí que te supo engañar bien el pillo de mi papá. ¿Y tú, no lo regañaste, abuela?

— En ese momento, no pude, mijo. Cuando yo me di cuenta, ya se había escapado con los azucarillos. Pero, ya a la tarde, cuando vino de la escuela, le di una buena regañada.

— Y, ¿te hizo caso, abuelita?

— Bajó la cabeza, como si estuviera muy arrepentido, y yo quedé conforme. Pero..., volvieron más pájaros a los árboles y... estas veces él no los pudo ver..., porque yo ya estaba de sobreaviso y preparada. Le escondí los azucarillos.

— Me parece que tú también le hiciste una pillería, abuelita.

— ¿Cómo, mijo?

— Pues, escondiéndole los azucarillos.

— ¡Ah! Pero eso no fue una pillería mía, mijo. Eso sería más bien una trampa. Además, eso que le hice yo, fue enseñarle una lección, para que no fuera un ladronzuelo.

— Bueno, abuelita, continúa con más travesuras que hacía mi papá.

— Otra vez, cuando tu abuelo había puesto varios racimos de uvas colgados del techo del comedor, tu papá se subió sobre una silla y agarró dos racimos para comérselos. Uno lo metió en un bolsillo y otro en el otro. Tu abuelo ponía los racimos colgados del techo de una de las salas para que se fueran secando las uvas poco a poco. Ya que estaban secas las uvas, nos las comíamos como "pasas" o "uvas secas". Así estaban muy sabrosas y nutritivas. Pues tu papá no les daba la oportunidad a que se secaran. Se las llevaba, y se las comía con sus amiguitos.

— Y, ¿cómo te diste cuenta que era mi papá, abuela? Porque muy bien pudiera haber sido alguno de mis tíos, ¿no, abuelita?

— Bien pudiera ser, sí, pero como yo conocía muy bien a tu papá, no me equivocaba pensando en que era él. Para comprobarlo, una vez que vino a casa uno de sus mejores amigos, le pregunté

a él que qué tal habían estado las uvas. Él, sin darse cuenta que le estaba yo tendiendo una trampa, me contestó: "estaban muy buenas, señora".

— Abuelita, me está pareciendo que tú también eras una pillita.

— Y, ¿por qué dices eso, hijo?

— Porque dijiste que tú le habías tendido "una trampa" a mi papá. ¿No es eso hacer una pillería?

— ¡Ah, pero es que yo era su mamá! Además, lo mío no era una pillería. Lo mío era una "investigación" sobre un crimen.

— ¿Un crimen? ¿Mi papá cometió un crimen, abuelita?

— Bueno, tanto como un crimen..., no. Pero..., casi, casi.

— A ver, continúa con sus pillerías o "crímenes", abuela.

— En el verano, una de las cosas que más apetecía a tu papá y a tus tíos, a causa del calor, era comer sandías. No creas que tus tíos no hacían también pillerías. Sí las hacían, y muchas. Pero es que tu papá les ganaba a todos juntos.

— Entonces mi papá era el pillo de los pillos.

— Sí, hijo, exactamente. Tu papá era "el pillo de los pillos". Pues, como te iba diciendo, tu papá tenía una costumbre o, mejor dicho, una maña muy suya. Él siempre se daba de voluntario para cortar las sandías. Tengo que decirte que era muy bueno para eso, como para otras cosas. Lo hacía con mucho arte. Con un cuchillo grande dividía a la sandía en dos mitades. Cada una de esas dos mitades, las volvía a dividir en otras dos, y así..., hasta que terminaba. Había un pedazo para cada uno. Se suponía que los pedazos debían ser iguales. Y sí eran, pero....

— Pero... ¿qué, abuelita?

— Pues que el pícaro, algunas veces, agarraba los pedazos con las manos, no por la corteza, como debiera hacerlo, sino por la pulpa roja. Entonces sus hermanos se enfurecían, quejándose de que tu papá tenía las manos sucias y de que así no la podían comer.

— Y mi papá se comía esos pedazos, ¿verdad, abuelita?

— Exactamente, aunque no todos, porque algunos de tus hermanos, después de protestar, de todos modos se los comían.

— Entonces, no le resultaba siempre la pillería.

— No siempre, pero sí conseguía lo que quería. Otras veces, a propósito, dejaba caer al suelo dos o tres pedazos de sandía y, después, nadie los quería. A él, que no le importaba nada ese pequeño detalle, porque él se los comía. Otras veces, después de cortar la sandía, la ponía en el frigorífico. A escondidas, él mordía varios pedazos, dejando marcados sus dientes en la sandía y, entonces, al descubrir que los pedazos estaban mordidos, tus tíos tampoco los comían.

— Y tú, abuelita, ¿se lo permitías?

— Lo regañaba, mijo, lo regañaba mucho. Después él me prometía que no lo iba a hacer más. Pero nada, continuaba con sus travesuras. Hasta que...

— Hasta que... ¿qué, abuela?

— Pues hasta que un día se comió tantos pedazos que... tuvo una descomposición de estómago tal que abandonó, no sólo el oficio de cortador de sandías, sino también el de comedor de sandías.

— ¡Ah ja! Y... dejó de hacer pillerías, ¿verdad, abuela?.

— ¡Oh, no! ¡De ninguna manera, mijo! Dejó de hacer esas pillerías con lo de las sandías. Pero, como ya te conté, hacía otras muchas.

— ¡Ay, que mi papá!

\*\*\*\*\*

*Del techo de madera de la amplia sala-de-estar, todavía pendían unos clavos herrumbrosos. La Abuela los miraba fijamente. Con su carnosos dedo índice se los apuntaba al nieto. Momentos después, le rodaban dos lágrimas por sus mejillas ajadas. El Nieto se le acercó y, sin decir nada, le plantó dos tiernos besos. Por sus ya húmedos surcos faciales se deslizaban otras dos cálidas lágrimas.*

Junio 17

## EL NIÑO PERDIDO

*En el banco empotrado que estaba enfrente de la casa, Abuela y Nieto disfrutaban del paisaje marino. Era por el atardecer. Las barquitas de pesca se aprestaban con sus lámparas de combustible para la pesca del lenguado. El viejo, que tripulaba la más cercana, sacándose la gorra con una mano, saludó desde lejos con la otra. Acto seguido, empuñó la horquilla en forma de lanza para clavetear al incauto lenguado que yacía contra la arena, cerca de la playa. Una parejita, hermano y hermana, iban cogidos de la mano. Cruzaban el caminito que daba acceso a la vieja casona.*

\*\*\*\*\*

— Mijo, hoy te voy a contar un incidente que le pasó a tu padre cuando tenía unos cinco años. Va a ser muy diferente al de los otros que te he descrito. A lo mejor no le gusta a él que te lo cuente yo, pero, como ya han pasado muchos, sí, muchos años, quizás ya no le importe.

— Parece que va a ser muy interesante, abuelita. ¿Fue alguna de sus muchas travesuras?

— No, mijo. Esta no fue travesura. Esta fue una casualidad. Ocurrió así, porque sí, como ocurren muchas otras cosas que uno no prevé, ni planea, en la vida.

— A ver, cuéntamelo, pues, abuelita.

— Era cuando tu papá iba a la guardería o parvulario para niños, que hoy llaman *kinder*. Como en aquel tiempo no había miedo de que la gente mala hiciera daño a los niños, éstos podían ir caminando solitos y tranquilamente a la escuela. Para ir a la escuela, tu papá tenía que atravesar un puente grande que unía a nuestro barrio con la ciudad, en donde estaba la escuela. Pues, una vez se fue por la mañana, a eso de las ocho, y debía volver a casa, como de costumbre, a eso de las tres de la tarde. Pero, ya eran las tres, y no llegaba. Las cuatro, y no llegaba. Las cinco, y no llegaba. Ya para esta hora yo comencé a ponerme muy, pero muy nerviosa. Por mi cabeza pasaban miles de pensamientos horribles. ¿Qué le habrá pasado? ¿Lo habrán castigado y tendría que quedarse después de las horas de escuela? ¿Se habrá quedado jugando con sus amigos en el parque? Como él siempre llegaba a tiempo, ahora comencé a preocuparme mucho. Como en aquel tiempo apenas había teléfonos, yo no podía llamar a nadie. A cada minuto asomaba la cabeza por la ventana a ver si aparecía por el puente. Hasta me vino un pensamiento muy negro: ¿se habrá caído del puente al río y se habrá ahogado...? ¡No, imposible! Me metía en casa, y salía

otra vez a la ventana. Me metía, y salía. Así andaba, volviéndome loca. Tu abuelito, todavía no llegaba de su escuela. Tus tíos, que eran mayores que tu padre, tampoco llegaban, porque su escuela estaba más lejos y duraban más tiempo. Así que estaba yo solita, sin poder compartir mi angustia con nadie. Cuando ya no sabía qué más hacer, entonces....

— ¿Qué, abuelita? ¿Qué pasó? Continúa, abuelita, no me dejes así... colgando. Ándale, abuelita.

— Pues cuando estaba así de adolorida y desesperada, por allá lejos, al otro lado del puente, que veo, primero, una manchita pequeñita..., después..., dos.... Estuve con los ojos clavados durante unos minutos observando a esas dos manchitas que venían cruzando el puente. Por el color de la ropa, me pareció que una de las "manchitas" era tu papá. Después, por el caminar, ya me cercioré. Por fin, mis ojos pudieron alcanzar a verlo. No había duda. Era él. Mi corazón dio un salto de alegría. Ahora me volvía loca, pero de gusto. Quedé clavada a la ventana hasta que lo vi dar la vuelta a la esquina. Me fui corriendo por las escaleras abajo. Cuando llegué a la puerta y la abrí, allí estaba él. Lo abracé con tanta fuerza que casi le quito la respiración. Él estaba asombrado. No sabía qué pasaba, ni por qué lo abrazaba con tantas ganas. Pero, pronto lo supo. Le hice un montón de preguntas.

— ¡Qué bueno y qué alegría, abuelita! Y, ahora, ya que le diste a mi papá todos esos abrazos y besos..., continúa diciéndome, ¿por qué mi papá llegó tarde, y quién era la otra "manchita" que venía con él?

— Tienes razón, mijo, debo continuar. La razón por la que tu papá llegó tarde es porque encontró a una muchachita en la escuela. Se hicieron "amigos" en el momento. Entonces, tu papá, que quiso ser un caballero con ella, la invitó a ir a ver a las tías de tu papá, que vivían cerca de la escuela. Naturalmente, como él sabía que sus tías tenían caramelos, chocolates, galletas y otras golosinas, pues a tu papá se le hizo fácil "invitar" a la niña a comer algo. Allá se pasaron algún tiempo comiendo golosinas y, cuando se dieron cuenta, ya era tarde.

— Bien, pero..., ¿quién era esa "manchita" o muchachita, abuela?

— Resultó que esa niña era medio vecina nuestra. Vivía a unas dos cuadras o esquinas de nuestra casa, aunque no lo sabíamos. Por eso decidieron venirse juntos. ¡Si vieras, mijo, cómo venían cruzando el puente! Las "dos manchitas" venían agarraditas de la mano. Caminaban lentamente, contándose sus actividades, cuitas e intereses, hablando de sus juguetes, de sus hermanos y familias y, quizás, comunicándose sus secretos de niños.

— Abuelita, ¿crees tú entonces que ellos eran novios?

— ¡No, mijo, no! ¿Cómo iban a ser novios si apenas se conocieron ese día? Además, eran muy niños para ser "novios".

— Pues, abuelita, tengo que decirte que, aunque soy niño como antes era mi papá, yo ya tengo muchas novias. Te lo digo solamente a ti en secreto, abuelita, porque mis papás no lo saben todavía, porque nunca se lo dije a ellos. Es también un secreto entre mis novias y yo.

— ¿Ah, sí? Pues, si quieres, cuéntamelo, mijo.

— Te lo cuento si me prometes guardarlo en secreto, abuelita.

— Te lo prometo, mijo, te lo prometo. Ya sabes que me encanta contarte los "secretos" que teníamos entre tu papá y yo. Por tanto, puedes tener confianza en mí. Cuéntamelo.

— Abuelita, yo no sé si tú sabes, pero las niñas de mi escuela todas tienen "novio". Con sólo ver a un muchacho que les gusta, le dicen a las otras amigas en secreto: "Ese es mi novio". Y ya. Ya tienen novio. Así que todas tienen novio.

— Bueno, mijo, pero cuéntame de "tus novias" y de cuántas tienes.

— Pues yo tengo muchas. Me miran, se ríen y me dicen que soy muy guapo, y ya.

— ¿Y ya, mijo?

— Sí, abuelita, y ya. Algunas hasta me dieron un beso.

— ¡Ay, caramba! Pues entonces sí tienes novias.

— Pues, así es, abuelita, así es la cosa.

— Pues entonces tu papá y esa niña tenían que ser novios, mijo, porque venían caminando juntos, agarraditos de la mano, y hablando. Caminaban muy contentos. Se debían gustar. Por tanto, tenían que ser novios. ¿No crees tú, mijo?

— Pues sí, abuelita, así es la cosa. Eran novios.

— Pues deja que continúe con lo que te iba diciendo, mijo. La niña con quien venía caminando tu papá era una monada. Tenía dos trencitas, ojos claritos y menuditos, y cabello color castaño. Hablaba muy clarito y con una vocecita muy frágil y delicada. Como ya se hacía tarde, y sus papás estarían tan preocupados como yo, le pedí a tu tío mayor, que acababa de llegar de su escuela, que los acompañara a los dos, a ella y a tu papá. Que le explicaran a su familia todo lo que había pasado, y que pedíamos mil disculpas por el incidente. Cuando volvieron, nos contaron tu papá y tu tío que sí, que habían estado muy, pero muy preocupados. Pero que ya que había pasado lo que pasó, que nos invitaban a los de nuestra familia para tomar un café y unas galletas en su casa. A la semana siguiente, fuimos, y las "manchitas", que eran los dos niños, ¡se sintieron muy importantes y orgullosos!

— Y, ¿eso fue todo, abuelita?

— Sí, mijo, eso fue todo. Todo terminó bien. Desde entonces, tu papá y la muchachita siempre iban y volvían juntos de la escuela. Tu papá siempre la agarraba de la mano para que no se cayera, ni le pasara nada. Después de que les explicamos que nos habían asustado mucho a las dos familias por haber llegado tarde, nunca más lo volvieron a hacer. Siempre fueron puntuales.

— Abuelita, ¿y mi abuelito, qué hizo?

— Tu abuelito, mijo, cuando llegó de su trabajo le dije todo lo que había pasado. Bajó la cabeza, y se quedó durante un largo rato sin moverse y sin decir nada. Después, se acercó a tu papá, lo levantó en alto, lo estrechó entre sus brazos, le dio un beso muy, pero muy largo y... a mí me cayeron dos lágrimas calientitas. Me las fui bebiendo despacito, y noté que... no estaban amargas.

\*\*\*\*\*

*Después de la cena, y, de postre, se sirvieron galletas, café y chocolate. El Nieto y la Abuela se cruzaron las miradas. El mismo sabor debían haber tenido las galletas y el chocolate servidos hacía muchos años, por otra gente y en otros lugares lejanos. Volvieron a cruzarse las miradas. Dos sonrisas adornaban sus limpias y puras almas.*